

CAPÍTULO 16

La bondad de Dios

Haznos el bien que te plazca, Señor. Actúa con nosotros no como lo merecemos, sino como corresponde a Ti, que eres Dios. Así no tendremos nada que temer en este mundo ni en el venidero. Amén.

La palabra bien significa tantas cosas para tantas personas que este breve estudio de la bondad divina comienza con una definición. Sólo se puede llegar al significado mediante el uso de una serie de sinónimos, que parten y regresan por caminos diferentes al mismo lugar.

Cuando la teología cristiana dice que Dios es bueno, no es lo mismo que decir que es justo o santo. La santidad de Dios es proclamada desde los cielos y repetida en la tierra por santos y sabios allí donde Dios se ha revelado a los hombres; sin embargo, en este momento no estamos considerando Su santidad, sino Su bondad, que es algo muy distinto.

La bondad de Dios es la que le dispone a ser amable, cordial, benévolo y lleno de buena voluntad hacia los hombres. Es tierno de corazón y de rápida simpatía, y Su actitud indefectible hacia todos los seres morales es abierta, franca y amistosa. Por su naturaleza se inclina a conceder la bienaventuranza y se complace santamente en la felicidad de su pueblo.

Que Dios es bueno se enseña o está implícito en cada página de la Biblia y debe ser recibido como un artículo de fe tan inexpugnable como el trono de Dios. Es la piedra angular de todo pensamiento sensato sobre Dios y es necesario para la cordura moral. Permitir que Dios pueda ser otro que bueno es negar la validez de todo pensamiento y acabar con la negación de todo juicio moral. Si Dios no es bueno, entonces no puede haber distinción entre bondad y crueldad, y el cielo puede ser el infierno y el infierno, el cielo.

La bondad de Dios es el motor de todas las bendiciones que nos concede cada día. Dios nos creó porque sentía bondad en Su corazón y nos redimió por la misma razón.

Julián de Norwich, que vivió hace seiscientos años, vio claramente que el fundamento de toda bienaventuranza es la bondad de Dios. El capítulo seis de su pequeño clásico, increíblemente bello y perspicaz, Revelaciones del amor divino, comienza así: "Esta exposición se hizo para que nuestras almas aprendieran a aferrarse sabiamente a la bondad de Dios". Luego enumera algunas de las poderosas obras que Dios ha realizado en nuestro favor, y después de cada una añade "de su bondad".

Ella vio que todas nuestras actividades religiosas y todos los medios de gracia, por correctos y útiles que sean, no son nada hasta que comprendamos que la bondad inmerecida y espontánea de Dios está detrás de todo y debajo de todos sus actos.

La bondad divina, como uno de los atributos de Dios, es autocausada, infinita, perfecta y eterna. Puesto que Dios es inmutable, nunca varía la intensidad de su bondad. Nunca ha sido más bondadoso de lo que es ahora, ni nunca será menos bondadoso. No hace acepción de personas, sino que hace brillar su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. La causa de su bondad está en

Él mismo, los destinatarios de Su bondad son todos Sus beneficiarios sin mérito y sin recompensa.

Con esto concuerda la razón, y la sabiduría moral que se conoce a sí misma corre a reconocer que no puede haber mérito en la conducta humana, ni siquiera en la más pura y la mejor. La bondad de Dios es siempre el fundamento de nuestra esperanza. El arrepentimiento, aunque necesario, no es meritorio, sino condición para recibir el don gracioso del perdón que Dios concede por su bondad.

La oración no es meritoria en sí misma. No obliga a Dios ni le pone en deuda con nadie. Él escucha la oración porque es bueno, y por ninguna otra razón. La fe tampoco es meritoria; es simplemente confianza en la bondad de Dios, y la falta de ella es un reflejo del carácter santo de Dios.

Toda la perspectiva de la humanidad podría cambiar si todos pudiéramos creer que habitamos bajo un cielo amistoso y que el Dios del cielo, aunque exaltado en poder y majestad, está deseoso de ser nuestro amigo.

Pero el pecado nos ha hecho tímidos y cohibidos, como es lógico. Años de rebelión contra Dios han engendrado en nosotros un temor que no puede superarse en un día. El rebelde capturado no entra de buena gana en la presencia del rey que tanto tiempo ha luchado infructuosamente por derrocar. Pero si está verdaderamente arrepentido, puede venir, confiando sólo en la bondad amorosa de su Señor, y el pasado no se le echará en cara. Meister Eckhart nos anima a recordar que, cuando volvamos a Dios, aunque nuestros pecados fueran tan numerosos como los de toda la humanidad junta, Dios no los contaría en nuestra contra, sino que tendría tanta confianza en nosotros como si nunca hubiéramos pecado.

Ahora bien, alguien que, a pesar de sus pecados pasados, desea sinceramente reconciliarse con Dios, puede preguntarse con cautela: "Si me acerco a Dios, ¿cómo actuará Él conmigo? ¿Qué tipo de disposición tiene? ¿Cómo le encontraré?". La respuesta es que será exactamente como Jesús. "El que me ha visto a mí", dijo Jesús, "ha visto al Padre".

Cristo caminó con los hombres en la tierra para mostrarles cómo es Dios y dar a conocer la verdadera naturaleza de Dios a una raza que tenía ideas equivocadas acerca de Él. Esto fue sólo una de las cosas que hizo mientras estuvo aquí en la carne, pero lo hizo con hermosa perfección. De Él aprendemos cómo actúa Dios con las personas. El hipócrita, el básicamente insincero, lo encontrará frío y distante, como una vez encontraron a Jesús; pero el penitente lo encontrará misericordioso; el autocondenado lo encontrará generoso y amable. Con los temerosos es amistoso; con los pobres de espíritu, indulgente; con los ignorantes, considerado; con los débiles, amable; con los forasteros, hospitalario.

Por nuestras propias actitudes podemos determinar nuestra recepción por parte de Él. Aunque la bondad de Dios es una fuente infinita y desbordante de cordialidad, Dios no forzará Su atención sobre nosotros. Si queremos ser recibidos como lo fue el Pródigo, debemos venir como vino el Pródigo; y cuando llegemos, aunque los fariseos y los legalistas se enfurruñen afuera, habrá una fiesta de bienvenida adentro, y música y danzas mientras el Padre lleva a Su hijo de nuevo a Su corazón. La grandeza de Dios nos infunde temor, pero su bondad nos anima a no tenerle miedo. Temer y no tener miedo: ésa es la paradoja de la fe.

*Oh Dios, mi esperanza, mi descanso celestial, Mi todo de felicidad
abajo, Concede mi importuna petición,
A mí, a mí, Tu bondad muestra; Tu rostro beatífico muestra,
El resplandor del día eterno.
Ante los ojos iluminados de mi fe, haz pasar toda Tu bondad; Tu bondad
es la vista que aprecio: podría ver Tu rostro sonriente:*

Ellas naturaleza en mi alma proclaman, Revela Tu amor, Tu glorioso nombre. Carlos Wesley